

obedecido á las voces interiores que le daba ese amor de la propia conservación tan vivo en todos los seres, huyera, en aquel instante revelador, y lograra poner en cobro su persona. Las sombras que rodeaban el palacio, los golpes siniestros que se oían, el rostro de los asesinos, debieron moverle á tomar alguna precaución, tanto más cuanto que, á cada paso, había celadas, y celadas terribles, en aquellas viviendas regias del siglo décimo-sexto. A mayor abundamiento un joven, que le acompañaba con asiduidad á todas partes, su paje predilecto, fué á verle, todo azorado, y á decirle cómo notaba en la humilde mansión algo verdaderamente singular y extraño. El Rey serenó á Taylor, pues así el paje se llamaba, sin que la serenidad sugerida con empeño á éste, dominase con gran dominio en su alma. Pero, retenido por el amor á María, todo alejamiento de la siniestra casa lo alejaba de la querida esposa y él quería vivir junto á ella, prevaleciendo más en su ánimo el amor de amante y el orgullo de Rey que las propensiones á la propia conservación y el apego á la vida. Taylor, que no había de aventajar en temor al más amenazado, fué á dormir tranquilo, y concilió un sueño, natural en la descuidada juventud, sueño que debía ser el último y eterno. Entonces Darnley, enteramente solo, entregado á sus pensamientos, debió sentir algo misterioso y extraño, cuando tomó la Biblia, y abriéndola por los salmos al acaso, leyó el sesenta y cinco y sus sublimes alabanzas á Dios, como si presintiera que bien pronto había de ser llamado á la divina presencia. ¡Cuán apropiado el salmo á la extraordinaria situación! Los loores á Dios se levantan al alma espontáneamente, como las opaladas nieblas parecidas á nubes de incienso en las mañanas de Sión. Las oraciones toman alas, y vuelan hacia el trono de aquél, á quien todas las criaturas convierten sus deseos. Las iniquidades horribles del mundo son sobrepujadas y vencidas por la divina misericordia. Las puertas del templo se abren á los requerimientos de aquellos que menos lo merecen; y sus consuelos caen sobre las almas afligidas. Dios es la salud, la esperanza de cuantos habitan en los espacios de la tierra y en los confines de los mares, porque á todas partes su justicia se dilata y extiende. Sólo él puede ganar las montañas en sus bases, los mares en sus lechos, las gentes en su paz. Sólo él puede acallar la voz del trueno retumbante y de las olas alteradas. Porque Dios obra maravillas, pinta las alboradas del amanecer y los arreboles del ocaso; fecunda las tierras con su lluvia y prospera la germinación de las semillas y el brote de los tallos; renueva las estaciones y cubre los campos de frutos después de haberlos coronado de flores; aviva el desierto de rocío y el corazón de consuelos, puebla las colinas de ganado y los valles de espigas; y todas las cosas cantan porque todas resueñan á una en sus místicos loores. Pocas, muy pocas veces se habrá visto un movimiento indeliberado responder á una situación desconocida, como esta lectura, de suyo, respondía en aquellos momentos á la situación del monarca. Engañado por su esposa, vendido y traicionado por sus súbditos, puesto y tendido alevosamente sobre los insondables abis-

mos de una muerte próxima, las intuiciones del moribundo hicieronle ver que sólo Dios podía, en tan terrible trance, acogerle y salvarle, pues el corazón de los hombres habíase á él cerrado con clausura inflexible. Mientras leía Darnley la Biblia, se aproximaba el asesino al asesinato. La campana del castillo real, donde se danzaba, dió la media noche; y al oír la convenida y señalada hora despidióse Bothwell de aquella Reina y de aquella mujer, para matar al marido y al Rey. El baile se hallaba en todo su brillo; rompíanse los millares de luces en las facetas de los brillantes; sonaban con altos acordes los instrumentos músicos en alegres sinfonías; trastornaba el vino escanciado en vasos de oro las cabezas más fuertes; corrían damas y galanes en círculos varios, y formando caprichosas figuras; mientras los asesinos escondían las mechas que iban á prender fuego en aquellos momentos mismos á la mansión donde un Monarca confiado descansaba en el amor de su mujer, la cual no corría como debiera, en aquellas angustias, á detener las manos armadas de teas y de armas, las cuales se requerían así contra su esposo como contra su honor. Por el contrario, la infeliz se daba con todo corazón á la fiesta y al placer, cual si aquella noche de crímenes y de horrores fuese una de las más felices y tranquilas y risueñas noches de su regia existencia. El placer de los demás debía recordarle con viveza los dolores del preferido en otros días por su corazón, si aquella mujer hubiera tenido conciencia. Su hijo, que apenas contaba unos cuantos meses, dormido en su cuna, bajo el mismo techo donde se celebraba el baile, debía servir de escudo al padre, si aquella madre hubiera tenido corazón. La naturaleza, la conciencia, la sociedad, su honor mismo, el trono que ocupaba, el pueblo que regía, su palabra real, su hijo, á quien privaba de honra, de padre y hasta de madre, todo cuanto hay de sagrado bajo el cielo debía empujarla con fuerza incontrastable á ir en pos de los asesinos, y detenerlos y contrastarlos, antes que hiriesen el corazón de su marido, y con aquel corazón su propio regio nombre. Pero no; vió salir á Bothwell con la resolución del crimen pintada en su rostro; vió salir á los demás cómplices, de antiguo juramentados para la trama infernal, y aplicó los oídos con mayor intensidad á la música, los ojos á la danza, los labios á la copa. En cuanto Bothwell abandonó el baile fuese á una cámara vecina, para mudar de traje. Un vestido burdo, y de color oscuro, sustituyó al traje de terciopelo negro recamado de plata y forrado de raso, que llevara toda la noche. Vestido ya de tal suerte, y rebozado en largo manto, bajó por una escalera muy recatada con todos sus cómplices, igualmente cubiertos hasta las cejas con sus gorras, y embozados en sus mantos. Atravesó así el jardín de la Reina y se dirigió á la puerta Sur, la más cercana ciertamente al sitio de la catástrofe. No se había tomado la precaución de desguarnecer ni el palacio ni los jardines; y los centinelas, como vieran pasar con asombro aquellos extraños grupos, les dieron el quién vive. La respuesta no resultó muy clara, pues se llamaron amigos. Y era natural la nueva pregunta de los guardias, quienes demandaron á qué persona ó cosa consagraban aquella



amistad invocada para pasar por donde no podía pasarse de ningún modo sin romper estrecha consigna. Entonces tuvieron que revelar el nombre de Bothwell sin precaver ni presentir cuántos cabos dejaban sueltos para conocimiento y averiguación del próximo crimen. Mas no pararon aquí las imprudencias. Habían de pasar por nuevas puertas y necesitaban despertar á nuevos centinelas. Los despertaron sin escrúpulo, sembrando así en su proceloso camino el rastro de largas y terribles sospechas. Por fin llegaron á la entrada misteriosa del tabuco, donde la víctima inocente se hallaba desprevenida por la segura confianza en su infiel esposa. Al aparecer el conde por el jardín contiguo al regio alojamiento, los dos asesinos preparados y ocultos en la casa desde que salió la Reina, penetraron por medio de las dobles llaves en la regia estancia y cometieron el infame asesinato. Darnley, que no aguardaba en aquel momento á nadie, sino á la Reina, se incorporó sobre su lecho, comprendiendo por el inesperado ruido que no se trataba de gentes llegadas de fuera, sino de gentes metidas dentro de la casa, y por ende, apostadas allí para cometer un crimen como tantos otros de los cometidos en aquellos infernales palacios. Por un sentimiento de pudor envolvióse Darnley en su traje y bajó seguidamente de la cama. Los asesinos le arremetieron á una con furor, y no le dejaron tiempo alguno para que pudiese valerse de armas, ni huirse á sus terribles asechanzas, ahogándole sin piedad en el acto. Darnley murió, pues, allí extran zulado; y de la misma suerte acabaron aquellos hombres con su paje Taylor, el cual ni siquiera se había despertado del sueño profundo, en que cayó después de haber recibido del Rey las pruebas de su extrema confianza. Inmolados los dos, fueron sus cadáveres conducidos á una huerta vecina, y lanzados allí con suposición de haberlos arrojado la explosión, que tenían preparada y que luego consumaran. Efectivamente, ahogados así Monarca y paje de manera tan horrorosa, encendieron la mecha que conducía directamente al barril de pólvora, y se apartaron todos á cierta distancia de la casa. No serían las tres de aquella terrible mañana, cuando un estallido espantoso y un trueno retumbante hicieron saltar en mil fragmentos el tabuco, habitación siniestra y nefasta del Monarca infeliz de la infeliz Escocia. Por tan extraña manera concluyó aquel hombre, hijo de los Tudores y de los Estuardos, nieto de cien Reyes, pariente de las principales familias escocesas y británicas, príncipe de nacimiento, hermoso de figura, dotado con todas las prendas del cuerpo, aunque poco favorecido por la fortuna en su corazón y en su inteligencia, muy ambicioso como todos cuantos nacen cerca del trono, pero más amante que ambicioso todavía, y á quien, si no puede la Historia disculpar en sus ligerezas, puede absolverlo, á lo menos por su irreparable desgracia y por sus funestos amores.

El estruendo, verdaderamente horrible, de la inesperada explosión, despierta con celeridad á los vecinos cercanos, nuevos vigilantes, y dispersa en varias direcciones á los perpetradores del terrible asesinato, espantados á una de sí mismos. Bothwell se pone

pronto en cobro dentro de Bolyrood, el palacio regio, tanto tiempo habitado por su víctima. Y todavía está inquieto, sin calma ni sueño, porque no descansan los remordimientos con facilidad, ni se rinden á las fatigas del cuerpo, cuando entran domésticos de la servidumbre real, horrorizados y despavoridos, á darle con lamentos la increíble nueva. El conde asesino, que por aquellos momentos acababa de desvestirse con precipitación su hábito siniestro, se lo viste de nuevo, y seguido por una turba de soldados, corre al sitio donde aún humean las recién amontonadas ruinas. Ya estaba, despierto al estruendo, el pueblo allí, encrespado por la tempestad natural, que movía en sus pasiones el trágico espectáculo. Diríasela una catástrofe de la naturaleza por lo colosal y lo terrible. Piedras ennegrecidas, escombros amontonados, restos y fragmentos de muebles, señales de incendio, manchas de sangre, cadáveres como los causados por la desgracia de Pompeya, todo esto presentaba el sitio escogido por la humana perversidad y sus desapoderadas ambiciones para cometer aquel extraño crimen. Bothwell llega como si todo le cogiera de nuevas; aparta con sus brazos las muchedumbres que lo cercan, como el náufrago los remolinos que lo ahogan; recoge los dos cadáveres con prontitud y sin permitir su examen por las estupefactas muchedumbres, y los deposita en una casa vecina, guardándolos como una feroz alimaña pudiera guardar sus codiciadas presas. Pero la multitud ha tenido tiempo sobrado de averiguar con su revelador instinto cómo aquellos dos cuerpos no tienen señales de quemadura, y no han sido lanzados al huerto, donde se hallan, por las explosiones, sino depuestos por manos cuidadosas después de inmolarlos bárbaramente. Y si pudiera caberle duda al pueblo en su sospecha, serviría para desvanecerla el celo de Bothwell por preservar los sacrificados á las miradas del público, y la prontitud con que les da tierra sigilosamente para que desaparezcan de la luz y del aire, aunque no puedan desaparecer de la íntima conciencia sus nefastas sombras. María recibió al esposo muerto de manos del amante vivo, y lo depositó sin aparato en la capilla de su palacio. Recluyóse, por el bien parecer, en apartado retiro y en profundo silencio; pero no dió ninguna muestra de horror, bien al revés de las dadas en el asesinato de Riccio; ni procuró, como entonces, la expiación de los asesinos. Tenía delante de sí, en su propia cámara, los objetos preciosos trasportados la víspera del asesinato, y no provocaron ninguna emoción en aquella sensible alma y en aquel nervioso temperamento. El jefe de los asesinos continuó siendo privado y el director de su política, como el consejo áulico suyo continuó componiéndose de los fautores y cómplices del nefando crimen. María Estuardo se acuerda, como siempre de su predilecta Francia, y escribe á su redomada suegra, Catalina de Médicis, lo acaecido; pero añadiendo su ignorancia respecto á los autores del acaecimiento, como si no hubiera ido á Glasgow en el período de sus mayores odios y repugnancias á seducir el dócil corazón de Darnley, tan enamorado, ni le llevara con halagos mentirosos á las cercanías de Edimburgo para encerrarlo en el funesto tabuco, donde le



prodigaba todas sus caricias, mientras los asesinos le apercibían la muerte, perpetrada por su propio amante, á sus sabiendas y con su adhesión, á la hora misma que se divertía ella con ligereza y regocijo en los placeres de un baile. El pueblo, sabedor de todas estas cosas, no se daba ciertamente á engaño. Los apellidos de los homicidas aparecían puestos en grandes carteles, cual si una mano misteriosa los hubiera escrito. En el silencio de la noche, á la hora de Ánimas, voces extrañas los profirían como maldiciones infernales, entre las tinieblas y el silencio. Toda la servidumbre real á devoción de María Estuardo aparecía en aquellas revelaciones, y la Reina, huyendo presurosa de tales asechanzas, corre al castillo de Selon, y se instala con todos los conjurados, consumiendo el tiempo primero de su prematura viudez en partidas de caza, en apuestas al tiro, en giras y en comilonas. Una grande agitación acompañó estos desafíos á la conciencia pública. Edimburgo ardía. Los ojos de los horrorizados súbditos se fijaban en el solitario palacio de sus Reyes, y los ceñían de siniestras maldiciones. Decíase por los mercados que saldría el herrero forjador de las llaves con que fueron franqueadas las puertas del regio dormitorio, si le aseguraban la vida. Los nombres de María Estuardo y el conde Rothwell mezclábanse á una sobre los dos cadáveres del Monarca y de su paje. Los predicadores presbiterianos encendían los ánimos con sermones verdaderamente incendiarios, en los cuales el espíritu de una República cristiana latía bajo citas y versículos de los profetas bíblicos. El nombre de la Reina se mezclaba en alusiones transparentes con el nombre de todas las Reinas maldecidas é idólatras. El rumor público creció tanto, que la persona más acusada, el protervo asesino conde, se presentó en Edimburgo con cincuenta de á caballo, desafiando á cuantos le acusaban. Pero el remordimiento de su conciencia se traslucía en lo demudado de su rostro, y el recelo propio de su angustiosa situación y estado en su actitud indeliberada é involuntaria de llevar siempre la mano sobre la guarnición de su daga. En esto, el padre de la víctima, tío de la Reina y conde feudal de Lennox, instaba con repetidas y angustiosas instancias, resonantes en el corazón y en el ánimo de los pueblos, para que no quedaran impunes crímenes de suyo tan horroroso y criminales de aquella enormidad y de aquel escándalo. El horror se dilataba por las naciones extranjeras. La Reina de Inglaterra, que no había jamás amado á Darnley de vivo, llorábale de muerto, recordando cómo tenía con él, por la sangre y por la dignidad estrecho parentesco. Meses habían pasado, y nada se había hecho por averiguar el crimen é infligir á los criminales su condigno castigo. Su propio suegro designaba nominalmente á María la persona de Bothwell como reo; y María daba sin escrúpulo al acusado favor, poder, fortuna, el mando de su palacio de Edimburgo, territorios inmensos, privilegios múltiples, una verdadera soberanía. Tales favores aumentaban el escándalo; y tal escándalo, mantenido por los requerimientos de Francia é Inglaterra, precipitó el proceso, y obligó, no á seguirlo con arreglo á las leyes, sino á simularlo con mayores y más terribles crímenes. En vano el

conde Lennox pedía que fuera preso el matador de su hijo, para que pudiesen así asegurarse las resultas del proceso; en vano instaban para lo mismo la corte de Francia consuplicantes instancias y la corte de Inglaterra con amenazadoras instancias. María no cedió al voto de su pueblo y de los pueblos extraños, hasta que tuvo segura la salida inmediata del proceso. Los jueces de Bothwell fueron sus cómplices. El tribunal estaba presidido por un hombre manchado de sangre. Doscientos arcabuceros y cuatro mil infantes custodiaban al reo, sin duda para responder de su inocencia. El acusador no pudo entrar en la ciudad, porque solamente le permitieron la compañía de cuatro hombres, cuando su enemigo llevaba más de cuatro mil. Despedido amorosamente por la reina; caballero en la mejor cabalgadura del difunto Rey; entre dos filas de guardias que lo llevaban en procesión, aumentando la pompa; seguido de un cortejo de ricos hombres, á cual más adornado y gallardo, entró con aires de triunfador en el tribunal; y, para que nada le faltase, recibió á los pocos minutos de haber entrado, un abierto mensaje de la Reina, escrito por entero de su puño. Inútil decir, después de todo esto, lo fingido y vano de aquel simulacro, concluido por el escándalo de una increíble absolución.

Bothwell no había inmolado á Darnley, tanto por aborrecerlo, como por heredarlo. De consiguiente, no le bastaba con la privanza regia, quería la mano de su soberana y la real diadema. El corazón de aquella mujer y el trono de aquella Escocia exacerbaban todos sus deseos y removían todas sus ambiciones. Mas dos obstáculos inmediatos se presentaban, su matrimonio con la hija de Gordón y la inmediata viudez de María. ¿Cómo repudiar á una joven virtuosa, cuyo amor codiciara tanto, y cuyo enlace tanto acrecentara su poder y su fortuna? ¿Cómo podía unirse inmediatamente con la Reina, cuando todas las conveniencias aconsejaban un plazo necesario entre uno y otro enlace, para conocimiento y legitimidad de la progenie? No tenía límites el escándalo. Un gentil-hombre animoso lo patentizó en toda su desnudez á María; y tuvo que desterrarse á Inglaterra para huir del asesino. La nobleza se vió amenazada de muerte y constreñida con coacciones á complacerse y holgarse de público en el nefasto enlace. Después de un siniestro banquete, á que asistían los caballeros más importantes, Bothwell les sacó asentimientos y firmas á su proyecto con amenazas de muerte. Ningún obstáculo posible al torrente de aquella voluntad impetuosa. Las damas preferidas de María eran por el conde proscritas de su lado para que nadie absolutamente hiciese sombra de modo alguno á su favor, y á su privanza, y á su gobierno. Aquella hija de cien reyes, soberana de Escocia, que reinara un día en Francia con tanto brillo, habíase reducido á misera cautiva de un brutal soldado. Cinco días antes del proceso, y medio mes después del crimen, obligó Bothwell á María con amenazas á que firmase regiamente y sin excusa la promesa de matrimonio. Pero ¿cómo verificarlo entre un hombre recién casado y una mujer recién viuda? Entonces, en tal aprieto, inventaron y convinieron de común acuerdo un mentiroso rapto. So pretexto de ir á visitar la